

los poemas de que trato bajo el aspecto esencialmente dramático, tendría que encontrarlos falsos, inverosímiles, sin interés, mal compuestos... y, sin embargo, son bellísimos casi todos. Prueba de que esto es cierto, lo tenemos en que los poemas que Campoamor ha llevado á la escena, aunque muy buenos, como obras de Campoamor, no obtuvieron el buen éxito merecido, porque el público, con derecho, los consideró como dramas.

Dice el Sr. Campoamor que acaso no vuelva á escribir más pequeños poemas. Yo lo sentiré mucho; pero como confío, más que en la bondad intrínseca de esa forma, que se ha llamado género, en el ingenio del autor, me resignaré á no ver nuevos pequeños poemas, con tal de que el inventor discurra otra cosa. Comprendo que después de componer veinte obritas por el estilo, el autor tema los peligros inherentes á tal manera de escribir: los personajes simbólicos se hacen fácilmente fríos; la antítesis constante entre la forma ligera y el fondo trascendental, que algunos dicen, llega á parecer amanerada. Hay algo de artificio en el pequeño poema, algo que no excluye la belleza, pero que al cabo nos obliga á echar de menos la naturalidad como Dios la hizo. ¿Querrá creer usted, Sr. Campoamor (no va á querer), que encuentro más naturalidad y más sencillez en algunos versos de Garcilaso y de Fray Luis, á pesar del Petrarca y de Horacio y del Oriente, que en algunos pasajes de los *Pequeños Poemas* donde sus candorosas niñas de usted hablan con los pájaros?

De todos modos, la sencillez paradisiaca á que usted parece que aspira, es imposible, sobre todo para quien, como el Sr. Campoamor, ha visto tanto. Cuando usted coge en brazos al hijo del Sr. Pidal ó á cualquiera de esos angelitos con faldas que usted trata, me hace temblar con las cosas que les dice; parece usted un Schopenhauer jugando al trompo.

Esos niños no pueden entender que en el fondo de su humorismo escéptico, al parecer, hay un optimismo alambi-

cado, que es el que le hace á usted presentarse en todas partes risueño y bondadoso.

¡Así es la tierra, y ¡ay! así es el cielo!

dice usted en alguna parte; pues eso es ser creyente de una manera muy singular. Creer en el cielo y empezar á quejarse de él sin haberlo visto, es ser pesimista, diga usted lo que quiera, y pesimista de ultratumba, que es más grave. Todo esto, Sr. Campoamor, es pura broma. No soy de los que creen á los poetas por lo que dicen en los versos. Ya sé que es usted buen cristiano. ¡Dios se lo conserve! Dignos de lástima son los que no creen en prosa.

No sé si habré dicho algo que no le guste. Délo usted por borrado. Lo que juro es que los *Pequeños Poemas* son de lo mejor que se ha escrito en España en lo que va de siglo. Pero nadie los mueva.





« MARIANELA »

(PÉREZ GALDÓS)

I

¿Se acuerdan mis lectores de Mignon, la de Goethe, la amiga, la hija adoptiva de Guillermo Meister? De fijo que sí; y todos tendrán presente que su nariz era bella, pero la boca, demasiado cerrada y estrecha para una niña, en quien el desarrollo del cuerpo parecía reprimido por una mano de hierro. ¡La pobre Mignon, cuyos años nadie había contado, y que al preguntarla Guillermo, ¿quién era tu padre? contestaba:

¡El diablo mayor ha muerto! Figura inmortal en la literatura moderna, bella misteriosa, creada por el corazón de Goethe, que era, dígame lo que se quiera, tan grande como su

genio.

Una noche, Teodoro Golfín, famoso oculista, se perdió por los campos buscando las minas de Socartes, allá no lejos de los cerros, detrás de los que está Ficobriga, la patria de Gloria. Para guiarle en su camino encontró al cabo á

un ciego, Pablo, y después á su lazarillo, Marianela, que cantaba en la oscuridad canciones monotonas y tristes, pero que tenían un encanto particular.

¿Quién era Marianela? ¿Qué cantaba Marianela? Yo creo que, sin saber cómo, debía cantar aquello de *«Kennst du das Land wo die Citronen gihnen?»* que era la canción de la Marianela alemana, de Mignon inmortal.

Marianela y Mignon se parecen, miradas con cierto cristal, como dos gotas de rocío; pero al que quisiera, con malicia, suponer que Pérez Galdós había recordado á Goethe al idear á *Marianela*, se le podría probar, confrontando los textos, que Mignon y Marianela son dos tipos distintos, que necesitan respectivamente, para ser creados, un genio original que los produzca. Parecerá esto una paradoja al que no piense en ello de buena fe; pero no al que medite y sienta. En el fondo humano está el parecido, no en la labor artística: si Mignon os hace sentir y llorar, casi sin saber por qué, como hace Goethe llorar tantas veces, Marianela os enternece con análogas emociones; que también Pérez Galdós tiene esa vara mágica, privilegio de tan pocos.

Nadie dirá que Miranda, la de *La Tempestad* de Shakspeare, y Segismundo de *La vida es sueño*, son parecidas creaciones; y, sin embargo, cuando Segismundo encuentra á Rostaura y cuando Miranda encuentra á Fernando, el amor del salvaje, mezclado de admiración supersticiosa, en los dos se despierta lo mismo, y Miranda y Segismundo se parecen en aquel momento. Cuando el príncipe de Polonia exclama:

Con cada vez que te veo
nueva admiración me das;
y cuando te miro más
aún más mirarte deseo,

¿cómo no recordar á Miranda, que al ver á Fernando dice:

«Ah, qué veo! ¿Es un espíritu? Dios mío, cómo mira alrededor. Señor, creedme que es una noble figura. Pero... ¿es un espíritu?»

Estas semejanzas están en el alma humana, y las reminiscencias poéticas, quizá puramente subjetivas, personalísimas, que despiertan algunas creaciones del genio, lejos de ser en mengua de su originalidad, acrisolan el mérito de su obra.

No: Marianela no conoció á Mignon; pero es otra Mignon, es la Mignon de Pérez Galdós; como el Adán mejicano, sin saber del asiático, se le parece en todo.

Humíllate y te ensalzaré, dice el Evangelio, y esta vez ha cumplido su promesa con Marianela. Del polvo colorado de una mina creó Pérez Galdós el cuerpo de Marianela, raquíptico y feo, tal vez con alguna gracia que sólo un espíritu penetrante pudiera descubrir; pero á este cuerpo unió un alma bella, apasionada y soñadora.

Una mujer que sueña, es una mujer que piensa de la manera más natural de pensar en las mujeres. Marianela es soñadora como Gloria; pero ésta posee la religión cristiana, sólida é ilustrada, no tiene que luchar con la ignorancia; es hermosa y querida por hermosa, no tiene que luchar con la Naturaleza. Sus combates son de otro género: lucha con la fatalidad del fanatismo. Marianela es una pagana, porque los hombres no la han enseñado la religión del espíritu, y los árboles, las praderas, las flores, los torrentes, el cielo con sus estrellas y con su sol, le han enseñado la religión de la Naturaleza. Para Marianela las flores son las miradas de los muertos antes de subir al cielo, y después que suben miran con las estrellas. Su madre, que se arrojó á una sima, allí vive todavía en su opinión, y á conversar con ella va Marianela al borde de la Trascava.

Cualquiera que haya vivido en las comarcas del Norte entre tanta y tan alegre frondosidad; en aquellos valles pequeños y deliciosos, que parecen estuches forrados de verdura, donde se ve poco cielo y en la tierra tantas cosas hermosas, comprende el paganismo, y más que comprenderlo, lo siente. Santa Teresa, en los páramos de Ávila, ¿cómo no había de ser mística? Si los anacoretas de la Tebaida

hubieran habitado nuestras colinas, siempre verdes en aquellas faldas del Pirineo, hubieran comenzado por cultivar un jardín. Es fama que no hay ningún santo asturiano, y aunque yo no pueda asegurarlo, sí diré que me parece muy verosímil.

Marianela, en aquel país pintoresco, donde la Naturaleza se sobrepone á todo, porque con sus formas bellas hasta impregna el espíritu y lo satura de sensaciones, Marianela es como una mariposa: parece una flor animada por un espíritu que va volando al ras por las praderas. Pero ¡ay! que si Marianela no hubiera muerto y pudiera leer esto, me diría: «Sí, soy una mariposa de estos prados; pero ¡qué fea! Soy polvo de esta tierra, que tiene vida y se mueve, y canta y ama; pero no soy hermosa *por fuera*; y lo que no es hermoso, ¿para qué sirve? no debe vivir.»

Para Marianela es un dogma que ella no sirve para nada. ¡Qué mucho que Marianela, preocupada é ignorante, creyera esto de sí, si el autor mismo, según me han dicho, piensa que la pobre niña no vale gran cosa! Apresurémonos á reparar esta injusticia. Digamos, como Teodoro Gollín: Marianela, tú vales mucho.

Y si el autor no me cree bajo mi palabra, ayúdeme el lector á probárselo. Lea esa novela, si no la ha leído—y aunque la haya leído—y mañana hablaremos.

II

Hablaba ayer, incidentalmente, de Miranda, la más poética figura de *La Tempestad*; la mujer que en la hermosura física adivina la nobleza del corazón, toda la belleza del espíritu; pues en la novela de Pérez Galdós hay una creación también muy bella, Pablo Penáguilas, el ciego, que tiene la misma fe, cree en la armonía de la hermosura física y la moral; para Pablo es axiomático que el espíritu le-

vantado, noble y puro, debe albergarse en cuerpo también gallardo y hermoso. Esta creencia de Pablo origina la catástrofe de Marianela. Los que sean aficionados á encontrar símbolos en las obras artísticas, podrán meditar sobre éste de la luz que el Sr. Pérez Galdós nos presenta.

Mientras Pablo vive ciego, juzga de la forma por los sentidos que tiene sanos, y, sobre todo, por la razón y el sentimiento; una piedra tosca cristalizada se le antoja hermosa como el cielo estrellado, y es porque la proporción, la armonía que el tacto le hace comprender, le hablan de belleza. Para los que tienen vista, es un error la creencia de Pablo, y Marianela, su lazarillo, que es pagana, que adora las formas, lo que se ve, encuentra absurdas las ideas de su amo. Pero un día, en el paseo que juntos solían dar siempre por aquellos campos, Pablo le declara á Marianela que en su concepto es ella lo más hermoso de la creación; que él la quiere con toda su alma, y que por verla, más que por ver el mundo, desea la luz. La pobre niña, que ha poco, á sí misma, se llamaba fenómeno, siente el desvanecimiento de la lisonja, y se mira en el agua, decidida á encontrarse hermosa. No pueden entenderse: Pablo le está viendo el alma y ella quiere la hermosura del cuerpo. El error podía tenerlos unidos toda la vida; podían seguir amándose, gozando del engaño...; pero la luz trae el conflicto. Teodoro Golfín cura la cegueta de Pablo. Pablo ve... pero no á Marianela, que huye de su señor, del que es su vida, del que adora como saben adorar los ídolos. Florentina, la prometida de Pablo, niña hermosa como ninguna, por dentro y por fuera, del alma y del cuerpo, es la que se presenta ante aquellos ojos que por vez primera se abren á la luz. Y Pablo, que había jurado á la Nela amor eterno, que por verla pidió la claridad del día, poco á poco se olvida de ella y encuentra en Florentina la realidad de sus ensueños. La Nela vaga por los bosques, acecha, como una alimaña, la morada de los Penáguilas, pero huye si se le acercan; no quiere que Pablo la vea; su dogma

naturalista habla en ella con voz profética, le dice que Pablo no la amará cuando la vea. Ni siquiera le queda el placer triste de aborrecer á su rival: ¿cómo? ¡Si Florentina se ha convertido en su Providencia, ama á la Nela como á una hermana! Y además... ¡es tan hermosa que parece la Virgen Santísima! Marianela no aborrece á nadie, los ama á todos... pero comprende la necesidad de morir; ella es fea, ella es la que sobra, la que no sirve para nada. Allá, en la Trascava, en aquel agujero, suena la voz de su madre que la llama; la Nela va á unirse á ella. Pero el doctor Golfín, el que dió la luz á Pablo, caza á Marianela en medio del monte, y como una presa la lleva al lado de Florentina, que lloraba la ingratitud de su amiga; la Nela está más fea que nunca, con sus dolores, con la fiebre que la abrasa; y cuando allí, en aquel sofá, tendida, arrebujada, sin parecer un ser humano, yace la infeliz entre la vida y la muerte... llega Pablo, se arrodilla, sin ver á su amor de ciego, á los pies de Florentina, el amor que nació con la luz, y posa sus labios sobre un brazo de marfil... La Nela lo ve todo. Pablo va á verla á ella; no la conoce, nunca la ha visto; pero á su contacto siente que es la Nela de sus sombras... Ni el autor describe lo que pasa por el alma de Pablo, lo que *cae* en aquel corazón, ni es posible describirlo. Lo que sucede á la Nela es más fácil de decir: se muere.

III

¿Es pesimista el Sr. Pérez Galdós? No por cierto; y si no lo es, ¿por qué se complace en pintarnos esos dolores que parecen insolubles? ¿Es por el amor de la paradoja? ¿Es por hacer un alarde de su genio, que á tanto llega, hasta á pintar la sombra más hermosa que la luz? Nada de eso. Nada que no sea serio, sincero y noble, se encontrará jamás en este novelista.

¿Son pesimistas esas melancólicas baladas del Norte que concluyen siempre con vagas resonancias del dolor? ¿Son pesimistas muchos cantares de nuestra patria, que en mitad de la alegría vienen a sorprendernos con el llanto? ¿Es pesimista la Naturaleza, que se pone tan triste al caer la tarde, tan triste que parece que se muere para siempre?

No: no hay más pesimismo que el sistemático, el desesperado. Las tristezas del arte, como las de la Naturaleza, son una forma de la esperanza. ¿Por qué es tan artístico el cristianismo? Porque es la religión triste.

No: no se busque en la obra de Pérez Galdós el pesimismo-tesis; cierto es que nos presenta una antinomia, pero no pretende hacerla insoluble. Aparte de la *tendencia social* de esta novela, queda lo más interesante en ella: esa lucha de la luz del día con la luz de la conciencia, que he procurado hacer resaltar en la breve exposición que antecede. La sociedad tiene algo que aprender en este caso, sin duda: la misma religión cristiana, es decir, sus hombres, tienen también un poco que meditar; pero en definitiva, fuese ó no fuese Marianela ignorante, pagana por ignorancia, fuese ó no fuese víctima de la estupidez, del egoísmo, de la impiedad de aquellos empedernidos aldeanos, de todos modos Marianela, fea, repugnante de figura, pero hermosa en el espíritu, amada por Pablo, ciego, y olvidada por Pablo al volver á la luz, queda como principal objeto de la obra, y la antinomia á que me refería no desaparece.

Pero esta antinomia, ¿es absoluta, es necesaria, es fatal en la vida? ¿La presenta el autor como un sarcasmo de la naturaleza, como podría presentarla un pesimista sistemático? ¿Nela es víctima de la *naturaleza de las cosas*, ó de algo que podría corregirse, de aberración humana?

Explícitamente no nos da la solución el Sr. Pérez Galdós, pero en lo más bello de su obra, en el sentido profundo que en ella se esparce como fluido incoercible, como una atmósfera espiritual, como una música vaga que no dice nada y lo dice todo, el lector recoge mil consuelos, mil

esperanzas y lecciones de la más pura, de la más tierna moral. No es ciertamente un libro de filosofía Marianela, ni lo pretende; pero ¡cuánta encierra! ¡El espíritu ya inmortal del cristianismo, aquello de su esencia que ya no puede desaparecer, está en Marianela latente, y el que llega á sentirlo palpitar allí, experimenta una sacudida extraña, una como revelación que tiene mucho de reminiscencia! Todos los días nos predicán los filósofos más ó menos cristianos y los estéticos escolásticos, la superioridad del espíritu, la inferioridad de la naturaleza formal, aparente; pero nos dejan fríos, y por culpa de sus fórmulas impuestas y de sus exageraciones y exclusivismos, casi nos obligan á arrojarnos en brazos del ideal contrario. Y es que ellos ni entienden ni sienten toda la belleza y toda la bondad de la espiritualidad cristiana. No es la ciencia (?) subjetiva que hoy reina la llamada á revelar las profundas verdades de la vida con sus dogmatismos, con sus formularios de piedra ó con su criticismo holgazán y malévolos. Todavía (tiene razón Víctor Hugo) en ciertas esferas el arte puede ser hierofante; y en esto, un positivista, Mr. Ribot, viene á opinar lo mismo, aunque por distinto camino: él dice que la metafísica debe subsistir como poesía; yo me atrevo á sostener que más que una metafísica infundada, preocupada, vale una poesía, que siempre ha tenido grandes adivinaciones. Para las cuestiones sociales, naturales, etc., etc., quizá ya el arte sirve mucho menos que la ciencia; mas para otras regiones de la vida y de la conciencia, que muchos llaman nebulosas, pero cuya realidad se impone con un *positivismo* tan palpable como las piedras, el arte es el mejor quizá (el gran arte, el que cultiva Pérez Galdós, por supuesto) que una ciencia que no lo es, si hemos de llamar por su nombre á las cosas. (1)

(1) Esto escribía yo hace diez años, y esto creo hoy firmemente, y esto prueba que las tendencias actuales de mis ensayos críticos y noticiosos no obedecen á modas extranjeras, sino á sentimientos y convicciones antiguas y arraigadas.

(N. de la 4.ª edición.)

No se crea que estoy fuera de mi asunto. Hablo sinceramente de un fenómeno de conciencia real que he experimentado en la lectura de *Marianela*, que experimentaría todos los que, imparcialmente y con el supremo interés de la verdad, mediten el problema del espíritu, de su realidad, que doctrinas muy en boga quieren, no ya suprimir, pero sí confundir y borrar con mezclas de colores tornasolados ó desvanecidos. Cuando en Ateneos y Academias se oye discutir la cuestión de la espiritualidad humana, el que atiende con toda la sinceridad que merece el asunto, sale disgustado de la deficiencia fatal de tales discusiones; allí falta siempre un criterio completo; allí se abandona, se deja atrofiarse una facultad del alma apta para entender de estas cosas. A muchos de esos señores académicos de fijo se les figura que vemos visiones; que en una novela, escrita por cierto sin pretensiones, sin preocupaciones mejor dicho, filosóficas, no puede haber revelación alguna. No es esta ocasión de discutir ampliamente el punto; yo me limito á consignar el fenómeno: Pérez Galdós, al fundar la trama de su novela, su vigor, su nervio en la antinomia de la realidad espiritual, merced á la profundidad de la idea y al supremo arte de su expresión (como mérito del artista, el más insigne), suscita en el lector atento el sentimiento y el sentido de la trascendencia del espíritu, de su realidad inmediata; sentimiento y sentido dormidos en los más por inercia, por preocupación escolástica ó por complacencia del vicio. No es necesario, ni conveniente en muchos casos, que el artista se proponga todos estos resultados, ni es fácil preverlos, porque dependen de la situación de cada cual, y en el público el ánimo varía al infinito; ni para lograr tan bello fruto es el mejor camino procurarlo, porque la obra del arte en este punto es espontánea, cuando es buena. Es evidente que el espectáculo de la *noche serena* lleva al alma á la idea de lo absoluto; pero no es probable que las estrellas alumbren por eso y para eso. Así, el poeta pulsa las cuerdas de la lira porque ese es su modo

de cantar: mas al pulsar no piensa en que al unísono vibran las fibras del corazón de quien atiende. El poeta que piensa en ello, es concienzudo; el que no, es inspirado. El Sr. Pérez Galdós no piensa en el efecto: á veces ni sospecha que exista, por ejemplo, ahora.



DE LA COMISIÓN...



Él lo niega en absoluto; pero no por eso es menos cierto.—Sí; allí por los años de 1840 á 50 hizo versos, imitó á Zorrilla como un condenado, y puso mano á la obra temeraria (llevada á término feliz más tarde por un Sr. Albornoz) de continuar y dar finiquito al *Diablo Muudo*, de Espronceda.

Pero nada de esto deben saber los hijos de Pastrana y Rodríguez, que es nuestro héroe. Fué poeta, es verdad; pero el mundo no lo sabe, no debe saberlo.

A los diecisiete años comienza en realidad su gloriosa carrera este favorito de la suerte en su aspecto administrativo. En esa edad de las ilusiones le nombraron escribiente temporero en el Ayuntamiento de su valle natal, como dice *La Correspondencia* cuando habla de los poetas y del lugar de su nacimiento.

La vocación de Pastrana se reveló entonces como una profecía.

El primer trabajo serio que llevó á glorioso remate aquel funcionario público, fué la redacción de un oficio, en

que el alcalde de Villaconducho pedía al gobernador de la provincia una pareja de la Guardia civil para ayudarle á hacer las elecciones. El oficio de Pastrana anduvo en manos y en lenguas de todos los notables del lugar. El maestro de la escuela nada tuvo que oponer á la gallarda letra bas, tardilla que ostentaba el documento; el boticario fué quien se atrevió á sostener que la filosofía gramatical exigía que ayer se escribiera con *h*, pues con *h* se escribe hoy; pero Pastrana le derrotó, advirtiendo que, según esa filosofía, también debiera escribirse mañana con *h*.

El boticario no volvió á levantar cabeza, y Perico Pastrana no tardó un año en ser nombrado secretario del Ayuntamiento consueldo. Con tan plausible motivo se hizo una levita negra; pero se la hizo en la capital. El Sr. Pespunte, sastré de la localidad y alguacil de la alcaldía, no se dió por ofendido: comprendió que la levita del señor secretario era una prenda que estaba muy por encima de sus tijeras; cuando en la fiesta del Sacramento vió Pespunte á Pedro Pastrana lucir la rutilante levita cerca del señor alcalde, que llevaba el farol, es verdad, pero no llevaba levita, exclamó con tono profético:

—¡Ese muchacho subirá mucho!—Y señalaba á las nubes.

Pastrana pensaba lo mismo, pero su pensamiento iba mucho más allá de lo que podía sospechar aquel alguacil que no sabía leer ni escribir é ignoraba, por consiguiente, lo que enseñan libros y periódicos á la ambición de un secretario de Ayuntamiento.

Toda la poesía que antes le llenaba el pecho y le hacía emborronar tanto papel de barbas, se había convertido en una inextinguible sed de mando y honores y honorarios. Pastrana amaba todo, como Espronceda; pero lo amaba por



su cuenta y razón, á beneficio de inventario. Como era secretario del Ayuntamiento, conocía al dedillo toda la propiedad territorial del Concejo y no se le escapaban las oscilaciones de riqueza inmueble. Así como el divino Homero en el canto II de su *Iliada* enumera y describe el contingente, procedencia y cualidades de los ejércitos de griegos y troyanos, Pastrana hubiera podido cantar el debe y haber de todos y cada uno de los vecinos de Villaconducho.

Era un catastro semoviente. Su fantasía estaba llena de foros y subforos, de arrendamientos y enfiteusis, de anotaciones preventivas, embargos y céntimos adicionales. Era amigo del registrador de la propiedad, á quien ayudaba en calidad de subalterno, y sabía de memoria los libros del registro. Salía Perico á los campos á comulgar con la madre Naturaleza. Pero verán mis lectores cómo comulgaba Pastrana con la Naturaleza: él no veía la cinta de plata que partía en dos la vega verde, fecunda, y orlada por fresca sombra de corpulentos castaños que trepaban por las faldas de los montes vecinos; el río no era á sus ojos palacio de

crystal de ninfas y sílfides, sino finca que dejaba pingües (pingüe era el adjetivo predilecto de Pastrana) pingües productos al marqués de Pozos-hondos, que tenía el privilegio, que no pagaba, de pescar á bragas enjutas las truchas y salmones que á la sombra de aquellas peñas y enramadas buscaban mentida paz y engañoso albergue en las cuevas y en los remansos. Al correr de las linfas cristalinas, fija la mirada sobre las ondas, meditaba Pastrana, pensando, no que nuestras vidas son los ríos que van á dar á la mar, que es el morir, sino en el valor en venta de los sal-



mones que en un año con otro pescaba el marqués de Pozos-hondos. ¡Es un abuso! exclamaba, dejando á las auras un suspiro eminentemente municipal; y el aprendiz de edil maduraba un maquiavélico proyecto que más tarde puso en práctica, como sabrá el que leyere.

Las sendas y trochas que por montes y prados descendían en caprichosos giros, no eran ante la fantasía de Pastrana sino servidumbres de paso; los setos de zarzamora, madre selva y espinos de olor, donde vivían tribus numerosas de canoras aves, alegría de la aurora, y música triste de la melancólica tarde á la hora del ocaso, teníanlos Pastrana por lindes de las respectivas fincas, y nada más; y sonreía maliciosamente contemplando aquella seve de Paco Antunez, que antaño estaba metida en un puño lejos de los mansos del cura un buen trecho, y que hogaño, desde que mandaban los liberales, andaba, andaba como si tuviera pies, prado arriba, prado arriba, amenazando meterse en el campo de la Iglesia y hasta en el huerto de la casa rectoral. Cada monte, cada prado, cada huerta veíalos Perico, más que allí donde estaban, en el plano ideal del catastro de sus sueños; y así, una casita rodeada de jardín y huerta con pomarada, oculta allá en el fondo de la vega, mirábala el secretario abrumada bajo el enorme peso de una hipoteca y próxima á ser pasto de voraz concurso de acreedores; el soto del Marqués (¡siempre el Marqués!) donde crecían en inmenso espacio millares de gigantes de madera, entre cuyos pies corrían, no los gnomos de la fábula, sino conejos muy bien criados, antojábasele á Pastrana misterioso personaje que viajaba de incógnito: porque el tal soto no tenía existencia civil, no sabían de él en las oficinas del Estado.

De esta suerte discurría nuestro hombre por aquellos cerros y vericuetos, inspirado por el dios Término que adoraron los romanos, midiéndolo todo, pesándolo todo y calculando el producto bruto y el producto líquido de cuanto Dios crió. Otro aspecto de la Naturaleza que tam-

bién sabía considerar Pastrana, era el de la riqueza territorial en cuanto materia imponible; él, que manejaba todos los papeles del Ayuntamiento, sabía, en cierta topografía rentística que llevaba grabada en la cabeza, cuáles eran los altos y bajos del terreno que á sus ojos se extendía, ante la consideración del fisco: aquel altozano de la vega pagaba al Estado mucho menos que el pradico de la Solana, metido de patas en el río: por lo cual estaba, según Pastrana, el pradico mucho más alto sobre el nivel de la contribución que el erguido cerro que era del marqués de Pozos-hondos, y por eso pagaba menos. Por este tenor, la imaginación de Pastrana convertía el monte en llano, y el llano en monte; y observaba que eran los pobres los que tenían sus pegujares por las nubes, mientras los ricos influentes tenían bajo tierra sus dominios, según lo poco y mal que contribuían á las cargas del Estado.

Estas observaciones no hicieron de Pastrana un filántropo, ni un socialista, ni un demagogo, sino que le hicieron abrir el ojo para lo que se verá en el capítulo siguiente.



II

Pastrana no dabapuntada sin hilo. Aquellos paseos por los campos y los montes dieron más tarde opimo fruto á nuestro héroe. Era necesario, se decía, *sacar partido* (su frase favorita) de todas aquellas irregularidades administrativas. El salmón

fué ante todo el objetivo de sus maquinaciones. Varios días se le vió trabajar asiduamente en el archivo del Ayuntamiento: Pespunte le ayudaba á revolver legajos, á atar y desatar, y á limpiar de polvo, ya que de paja no era posible, los papelotes del municipio. Ocho días duró aquel trabajo de erudición concejil. Otros ocho anduvo registrando escrituras y copiando matrices en los protocolos notariales, merced á la benévola protección que le otorgaba el Sr. Litispendencia, escribano del pueblo. Después... Pespunte no vió en quince días á Pedro Pastrana. Se había encerrado en su casa-habitación, como decía Pespunte, y allí se pasó dos semanas sin levantar cabeza.

En la secretaría se le echaba de menos; pero el alcalde, que profesaba también profundo respeto á los planes y trabajos del secretario, no se dió por entendido, y suplió, como pudo, la presencia de Pastrana. En fin, un domingo Pedro se presentó en público de levita, oyó misa mayor y se dirigió á casa del alcalde: iba á pedirle una licencia de pocos días para ir á la capital de la provincia. ¿A qué? Ni lo preguntó el alcalde, ni Pespunte se atrevió á procurar adivinarlo. Pastrana tomó asiento en el cupé de la diligencia que pasaba por Villaconducho á las cuatro de la tarde.

El resultado de aquel viaje fué el siguiente: un opúsculo de 160 páginas en 4.^o mayor, letra del 8, intitulado *Apuntes para la historia del privilegio de la pesca del salmón en el río Sele, en los Pozos-oscuros del ayuntamiento de Villaconducho, que disfruta en la actualidad el excelentísimo señor marqués de Pozos-hondos (Primera parte), por D. Pedro Pastrana Rodriguez, secretario de dicho Ayuntamiento de Villaconducho.*

Sí: así se llamaba la primera obra literaria de aquel Pastrana, que andando el tiempo había de escribir las inmortales, ó poco menos, no ya tratando el asunto, al fin baladí, de la pesca del salmón, sino otros tan interesantes como el de *La casa y la veda, La ocultación de la riqueza territorial, Fuentes ó raíces de este abuso, Cómo se pueden cegar ó extirpar estas fuentes ó raíces.*

Pero volviendo al opúsculo piscatorio, diremos que produjo una revolución en Villaconducho, revolución que hubo de trascender á los habitantes de Pozos-oscuros, queremos decir, á los salmones, que en adelante decidieron dejarse pescar con cuenta y razón, esto es, siempre y cuando que el privilegio de Pozos-hondos resultare claro como el agua de Pozos-oscuros: fundado en derecho. ¿Lo estaba? ¡Ah! Ésta era la gran cuestión, que Pastrana se guardó muy bien de resolver en la primera parte de su trabajo. En ella se suscitaban pavorosas dudas histórico-jurídicas acerca de la legitimidad de aquella renta pingüe—pingüe decía el texto—de que gozaba la casa de Pozos-hondos; en la sección del libro titulada *Piezas justificantes*, en la cual había echado el resto de su erudición municipal el autor, había acumulado argumentos poderosos en pro y en contra del privilegio; «la imparcialidad, decía una nota, nos obliga, á fuer de verídicos historiadores y según el conocido consejo de Tácito, á ser atrevidos lo bastante para no callar nada de cuanto debe decirse, pero también á no decir nada que no sea probado. Suspendemos nuestro juicio por ahora; ésta es la exposición histórica



en la segunda parte, que será la síntesis, diremos al fin nuestra opinión, declarando paladinamente cómo entendemos nosotros que debe resolverse este problema jurídico-administrativo-histórico del privilegio del Sele en Villaconducho, como le denominan antiguos tratadistas.»

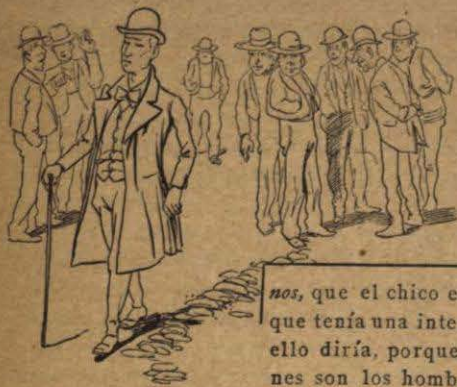
El marqués de Pozos-hondos, que se comía los salmones del Sele en Madrid, en compañía de una

bailarina del Real, capaz de tragarse el río, cuanto más los salmones, convertidos en billetes de Banco; el Marqués tuvo noticia del folleto y del efecto que estaba causando en su distrito (pues además de salmones tenía electores en Villaconducho). Primero se fué derecho al Ministro á reclamar justicia; quería que el secretario fuese destituido por atreverse á poner en tela de juicio un privilegio señorial del más adicto de los diputados ministeriales; y, por añadidura, pedía el secuestro de la edición del folleto, que él no había leído, pero que contendría ataques directos ó indirectos á las instituciones.

El Ministro escribió al Gobernador, el Gobernador al alcalde y el alcalde llamó á su casa al secretario para que... redactase la carta con que quería contestar al Gobernador, para que éste se entendiera con el Ministro. Ocho días después, el ministro le decía al diputado: «Amigo mío, ha visto usted las cosas como no son, y no es posible satisfacer sus deseos: el secretario es excelente hombre, excelente funcionario y excellentísimo ministerial; el folleto no es subversivo, ni siquiera irrespetuoso respecto de sus salmones de usted; hoy lo recibirá usted por el correo, y si lo lee, se convencerá de ello. Gobernar es transigir, y pescar viene á ser como gobernar; de modo que lo mejor será que usted reparta los salmones con ese secretario, que está dispuesto á entenderse con usted. En cuanto á destituirlo, no hay que pensar en ello; su popularidad en Villaconducho crece como la espuma, y sería peligrosa toda medida contra ese funcionario...»

Esto de la popularidad era muy cierto. Los vecinos de Villaconducho veían con muy malos ojos que todos los salmones del río cayesen en las máquinas endiabladas del Marqués; pero, como suele decirse, nadie se atrevía á echar la liebre. Así es que cuando se leyó y comentó el folleto de D. Pedro Pastrana y Rodríguez, la fama de éste no tuvo rival en todo el Concejo, y muy especialmente adquirió amigos y simpatías entre los *exaltados*. Los exaltados eran

el médico, el albéitar, Cosme, licenciado del ejército; Gines, el cómico retirado, y varios zagalones del pueblo, no todos tan ocupados como fuera menester.



Pespunte, que también tenía ideas (él así las llamaba) un tanto calientes, les decía á los demócratas, para inter-

nos, que el chico era de los suyos, y que tenía una intención atroz, y que ello diría, porque para las ocasiones son los hombres, y «obras son

amores y no buenas razones», y que detrás de lo del privilegio vendrían otras más gordas, y, en fin, que dejasen al chico, que amanecería Dios y medraríamos. Pastrana dejaba que rodase la bola; no se desvanecía con sus triunfos, y no quería más que sacar partido de todo aquello. Si los exaltados le sonreían y halagaban, no les respondía á coces, ni mucho menos, pero tampoco soltaba prenda; y le bastaba para mantener su benévola inclinación y curiosidad oficiosa, con hacerse el misterioso y reservado, y para esto le ayudaba no poco la levita de gran señor, que ahora le estaba como nunca. Pero ¡ay! pese á los cálculos optimistas de Pespunte, no iba por allí el agua del molino: los exaltados y sus favores no eran, en los planes de Pastrana, más que el cebo, y el pez que había de tragarlo no andaba por allí; de él se había de saber por el correo.

Y, en efecto, una mañana recibió el secretario una carta, cuyo sobre ostentaba el sello del Congreso de los Diputados. Era una carta del señor del privilegio; era lo que esperaba Pastrana desde el primer día que había contemplado desde Puentemayor correr las aguas en remolino hacia

aquel remanso donde las sombras del monte y del castaño oscurecían la superficie del Sele. El Marqués capitulaba y ofrecía al activo y erudito cronista de sus privilegios señoriales su amistad é influencia; era necesario que en este país, donde el talento sucumbe por falta de protección, los poderosos tendieran la mano á los hombres de mérito. En su consecuencia, el Marqués se ofrecía á pagar todos los gastos de publicación que ocasionara la segunda parte de la «Historia del privilegio de pesca,» y en adelante esperaba tener un amigo particular y político en quien tan respetuosamente había tratado la arriesgada materia de sus derechos señoriales. Pastrana contestó al Marqués con la finura del mundo, asegurándole que siempre había creído en los sólidos títulos de su propiedad sobre los salmones de Pozos-oscuros, los cuales salmones llevaban en su dorada librea, como los peces del Mediterráneo llevan las barras de Aragón, las armas de Pozos-hondos, que son escamas en campo de oro. De paso manifestaba respetuosamente al señor Marqués que el soto grande estaba muy mal administrado, que en él hacían leña todos los vecinos, y que si se trataba de evitarlo, era preciso hacerlo de modo que no se enterase la Administración de la falta de existencia económico-civil-rentística del soto, finca anónima en lo que toca á las relaciones con el Fisco. El Marqués, que algunas veces había oído en el Congreso hablar este galimatías, sacó en limpio que el secretario sabía que el soto grande

no pagaba contribución. Nueva carta del Marqués, nuevos ofrecimientos; réplica de Pastrana diciendo que él era un pozo tan hondo como el mismísimo Pozos-hondos, y que ni del soto ni de



otras heredades, que en no menos anómala situación poseía el Marqués, diría él palabra que pudiese comprometer los sagrados intereses de tan antigua y privilegiada casa. Pocos meses después los exaltados decían pestes de Pastrana, á quien el marqués de Pozos-hondos hacía administrador general de sus bienes raíces y muebles en Villaconducho, aunque á nombre de su señor padre, porque Pedro no tenía edad suficiente para desempeñar sin estorbos de formalidades legales tan elevado cargo.

Y en esto se disolvieron las Cortes y se anunciaron nuevas elecciones generales. Por cierto que cuando leyó esta noticia en la *Gaceta*, estaba Pastrana entresacando pinos en la Grandota, otra finca que no tenía relaciones con el Fisco; entresaca útil, en primer lugar, para los pinos supervivientes, como los llamaba el administrador; en segundo lugar, para el Marqués su dueño, y en el último lugar, para Pastrana, que de los pinos entresacados entresacaba él más de la mitad moralmente en pago de tomarse por los intereses del amo un cuidado que sólo prestaría un diligentísimo padre de familia. Y ya que voluntariamente prestaba la culpa levisima, no quería que fuese á humo de pajas. En cuanto leyó lo de las elecciones, comparó instintivamente los votos con los pinos, y se propuso, para un porvenir quizá no muy lejano, entresacar electores en aquella dehesa electoral de Villaconducho. Pespunte, que se había resellado como Pastrana, pues para los admiradores como el sastre, incondicionales, las ideas son menos que los ídolos, Pespunte no podía imaginar adónde llegaban los ambiciosos proyectos de D. Pedro. Lo único que supo, porque esto fué cosa de pocos días, y público y notorio, que el alcalde no haría aquellas elecciones, porque antes sería destituido. Como lo fué efectivamente. Las elecciones las hizo el señor administrador del excelentísimo señor marqués de Pozos-hondos, presidente del Ayuntamiento de Villaconducho, comendador de la Orden de Carlos III, Sr. D. Pedro Pastrana y Rodríguez. Un día antes del escrutinio general, se

publicó la segunda parte de los «Apuntes para la historia del privilegio:» en ella se demostraba finalmente que ya en tiempo del rey D. Pelayo pescaban salmones en el Sele sus próximos parientes los Marqueses de Pozos-hondos, encargados de suministrar el pescado necesario á todos los ejércitos del rey de la Reconquista durante la Cuaresma. Al siguiente día se recogieron las redes y se vació el cántaro electoral, todo bajo los auspicios de Pastrana; jamás el Marqués había tenido tamaña cosecha de votos y salmones.

III

Es necesario, para el regular proceso de esta verídica historia, que el lector, en alas de su ardiente fantasía, acelere el curso de los años y deje atrás no pocos. Mientras el lector atraviesa el tiempo de un brinco, Pastrana, por sus pasos contados, atraviesa multitud de funciones públicas, unas retribuidas y otras no, meramente honoríficas. Hechas las elecciones, resultó que el marqués de Pozos-hondos era cinco veces más popular en Villaconducho que su enemigo el candidato de oposición. De resultas de esta popularidad del Marqués, hubo que hacer á Pastrana administrador de Bienes Nacionales. También se le formó expediente por cohecho y se le persiguió en justicia por no sé qué minuciosas formalidades de la ley electoral; el Marqués bien hubiera querido dejar en la estacada á su administrador de votos, salmones y hacienda; pero D. Pedro Pastrana hizo comprender perfectamente al magnate la solidaridad de sus intereses, y salió libre y sin costas de todas aquellas redes con que la ley



quería pescarle. Pastrana no perdonó al Marqués el poco celo que había manifestado por salvarle.

Al año siguiente, en que hubo nuevas elecciones para Constituyentes nada menos, el candidato de oposición fué cinco veces más popular que el Marqués. Bueno es advertir que el candidato de oposición ya no era de oposición, porque habían triunfado los suyos. El Marqués se quedó sin distrito; y como se había acabado el tiempo del monopolio (según decía Pespunte, que se había echado al río



para deshacer á hachazos las máquinas de pescar salmónes), como ya no había clases, el pueblo pudo pescar á río revuelto, y aquel año la bailarina del Marqués no comió salmón. Pasó otro año, hubo nuevas elecciones, porque las Cortes las disolvió no sé quién, pero, en fin, uno de tropa, y entonces no fueron diputados ni el Marqués ni su enemigo, sino el mismísimo D. Pedro Pastrana, que, una vez encausada la revolución... y encausado el río, cogió las riendas del gobierno de Villaconducho, y en nombre de la libertad bien entendida, y para evitar la *anarquía mansa* de

que estaban siendo víctimas el distrito y los salmónes, se atribuyó el privilegio de la pesca y el alto y merecido honor de representar ante el nuevo Parlamento á los villaconduchanos.

IV

Y aquí era donde yo le quería ver.

Tiene la palabra *La Correspondencia*:

«Ha llegado á Madrid el Sr. D. Pedro Pastrana Rodríguez, diputado adicto por el distrito de Villaconducho,

vencedor del marqués de Pozos-hondos en una empeñada batalla electoral.»



Pasan algunos días; vuelve á tener la palabra *La Correspondencia*:

«Es notabilísima, bajo muchos conceptos, y muy alabada de las personas competentes, la obra publicada recientemente sobre *Los amillaramientos y abusos inveterados de la ocultación de riqueza territorial*, por el diputado adicto Sr. D. Pedro Pastrana Rodríguez.»

«Ha sido nombrado de la comisión de *** el reputado publicista financiero Sr. D. Pedro Pastrana Rodríguez, diputado adicto por Villaconducho.»

«No es cierto que haya presentado voto particular en la célebre cuestión de los tabacos de la Vuelta del Medio el ilustrado individuo de la comisión Sr. Pastrana Rodríguez.»

«Digan lo que quieran los maliciosos, no es cierto que el ilustre escritor Sr. Pastrana haya adquirido la propiedad de la marca *Aliquid chupatur*, con que se distinguen los acreditados tabacos de Vuelta del Medio. No es el Sr. Pastrana el nuevo propietario, sino su paisano y amigo el alcalde de Villaconducho, señor Pespunte.»

«Ha sido aprobado el proyecto de ley del ferrocarril de Villaconducho á los Tuétanos, montes de la provincia de ***, riquísimos en mineral de plata; los cuales Tuétanos serán explotados en gran escala por una gran Compañía, de cuyo Consejo de administración no es cierto que sea presidente el individuo de la Comisión á cuya influen-



cia se dice que es debida la concesion de dicho ferrocarril.»

«Parece cosa decidida el viaje del Jefe del Estado á la provincia de ***. Asistirá á la inauguración del ferrocarril de los Tuétanos, hospedándose en la quinta regia que en aquella pintoresca comarca posee el Sr. Pastrana.»

«...No pueden ustedes figurarse á qué grado llegan el acendrado patriotismo y la exquisita amabilidad que distingue al gran hacendista, de quien fué huésped S. M., nuestro amigo y paisano el señor marqués de Pozos-oscuros, presidente, como saben nuestros lectores, de la Comisión encargada de gestionar un importante negocio en las capitales de Europa.»

«Ha sido nombrado presidente de la Comisión que ha de presentar informe en el famoso negocio de los tabacos de Vuelta del Medio, el señor marqués de Pozos-oscuros, ya de vuelta de su viaje á las cortes extranjeras.»

«Satisfactoriamente para el sistema parlamentario y su prestigio, ha terminado en la sesión de ayer tarde el ruidoso incidente que había surgido entre el señor marqués de Pozos-oscuros y el Sr. Pespunte, diputado por la Vuelta del Medio. El Sr. Pespunte, en el calor de la discusión, y un tanto enojado por el calificativo de *ingrato* que le había dirigido el presidente de la Comisión, pronunció palabras poco parlamentarias, tales como «ropa sucia», «manos puercas», «río revuelto», «bragas enjutas», «fumarse la isla», «merienda de negros», «presidio suelto», «cocinero y fraile», «peces gordos», y otras no menos malsonantes. El digno diputado de la isla hubo de retirarlas ante la actitud enérgica del señor marqués de Pozos-hondos, ministro de Hacienda, que declaró que la honra del señor marqués de Pozos-oscuros estaba muy alta para que pudieran mancharla ciertas acusaciones. Nos alegraríamos por el prestigio del sistema parlamentario de que no se repitiesen escenas de esta índole, tan frecuentes en otros Parlamentos, pero no en el nuestro, modelo de templanza.»

Hasta aquí *La Correspondencia*.

Ahora un oficio de la fiscalía. «Advierto á usted, para los efectos consiguientes, que ha sido denunciado por esta fiscalía el número primero del periódico *El Puerto de Arrebatla-capas*, por su artículo editorial, que titula: «¡Vecinos, ladrones!» que empieza con las palabras «Pozos oscuros, y muy oscuros», y termina con las «á la cárcel desde el Congreso.»

V

EPILOGO

La Correspondencia: «Para el estudio del proyecto de reforma del Código penal ha sido nombrada una Comisión compuesta de los señores siguientes: Presidente, D. Pedro Pastrana Rodríguez...»





«EL TREN DIRECTO»

(MUNILLA)

CONOCES, lector, la tierra donde crecen los naranjos? Dicen que en el espeso ramaje brillan las naranjas ya maduras junto á las no sazonadas, y al lado de la flor olorosa que anuncia el regalado fruto. Añade el *Diccionario*, por su cuenta, que el naranjo tiene dieciséis pies de altura, pero esto no debe de ser puñalada de pícaro; yo me inclino á creer que habrá naranjos que no den la talla señalada por la Academia, y otros que la pasen; lo que importa, á lo menos para el símil que me propongo, es que junto á las flores del azahar brillen las mitológicas manzanas de oro, viéndose, como pocas veces en el mundo, las esperanzas al lado de otras cuajadas en dulces realidades.

Así sucede en estos días con la novela española: es árbol

florecente, aunque ya iba pareciendo imposible de aclimatar; entre sus hojas brillan, al lado de la madurez de Galdós y Valera, y los verdores de Alarcón y Pereda, las blancas páginas de los ensayos de Ortega Munilla, que por lo pronto ya nos encanta con el aroma de la más delicada poesía.

El azahar representa, en el árbol de mi alegoría, al autor de *El tren directo*. El azahar es flor de los nerviosos, y parece también que la musa de los nervios inspira al joven novelista. Ponedle en las manos á un conservador de los que se duermen en el Ateneo ó en el Congreso, *El tren directo*, y *El tren directo* se le caerá de las manos, mientras el conservador seguirá soñando con el ferrocarril del Noroeste.

Es preciso tener el alma á flor de aire, muy cerca de la epidermis en todos los sentidos, para entender y apreciar en su justo valor las cualidades de este libro.

Si una capa de grasa os aísla del mundo, de suerte que á través del espeso muro no oigáis las voces interiores de la Naturaleza, es inútil que leáis lo que escribe Ortega Munilla, que estoy por decir que toca las cosas con los nervios.

En su estilo hay comparaciones que parecen sueños proféticos, como los de los sonámbulos de que habla la teratología. Ortega Munilla siente cualidades ocultas de las piedras, de las plantas, de los seres animados, y establece entre ellos relaciones morfológicas no ideadas por Darwin ni Haeckel; semejanzas poéticas que tienen su realidad á su modo, como tienen su filosofía los sueños. También se puede leer entre líneas en la Naturaleza; hay en ella signos que son de interpretación más difícil que todos los jeroglíficos de Egipto. ¿Cuánto tiempo estuvieron diciendo lo que dicen las inscripciones hieráticas del Oriente, sin que nadie entendiera su lenguaje mudo, sin gestos y sin voz? Pues en la Naturaleza, donde quiera, millares de millones de objetos, con mil posturas y contorsiones, nos hacen señas para que leamos en su misterioso alfabeto, á guisa de arabesco, la ciencia oculta que presintieron las patrañas supersticio-